

PERE GIMFERRER

CON LA VENIA DE VUESTRA MAJESTAD

El poeta catalán Pere Gimferrer recibió el premio Reina Sofía de Poesía 2000. En este discurso de agradecimiento, Gimferrer hace una defensa de la lengua catalana como protagonista de la cultura española, traza su itinerario poético al lado de sus maestros Paz y Aleixandre y esboza las influencias y gratitudes de las que su poesía es tributaria.

Señora:

SEAN MIS PRIMERAS PALABRAS, AL AGRADECER ESTE PREMIO QUE en su mismo nombre enuncia Vuestro Patronazgo, eco literal de aquellas, evocadas ya por mí en otra alta ocasión ante Vuestra Majestad, que el 27 de mayo de 1888 se pronunciaron en los Juegos Florales de Barcelona que tuvieron por presidente del Consistorio a don Marcelino

Menéndez Pelayo y contaron con la presencia de la Reina Doña María Cristina. El poeta y compilador de poesía anónima Mariano Aguiló dijo entonces de la presencia de Doña María Cristina lo que, no sólo de Vuestra presencia aquí, sino de vuestro patrocinio al galardón, cumple decir, esto es, que equivalen a “Dignaros descender de la tribuna real para subir al trono de la poesía”. Hay en ello un admirable gesto hermanador y solidario que en sumo grado caracteriza en la España de hoy las relaciones entre la Corona y el mundo de la cultura, y que abarca, en el común ámbito iberoamericano de este premio, promovido conjuntamente por Patrimonio Nacional y la Universidad de Salamanca, lo que expresó aquel mismo día Menéndez Pelayo al proclamar: “Confundo en mi afecto de hermandad y de raza a todas las gentes ibéricas por ambos mundos esparcidas”.

Estas palabras del extraordinario polígrafo fueron escritas y pronunciadas originalmente en catalán, esto es en lo que él mismo en aquella ocasión llamó “Lengua no forastera ni exótica,

sino española y limpia de toda mancha de bastardía”; precisamente, Señora, la lengua en que Verdaguer en “L’Atlàntida” narró el arribo de las gentes de nuestra Península a América, y la lengua en la que –devuelta a su prístina vitalidad de idioma literario por Verdaguer fundacionalmente, con eco fecundador y admirativo en Rubén Darío no menos que en Juan Ramón Jiménez– hemos podido expresarnos cuantos en la época contemporánea actuamos movidos, no sólo por el legítimo impulso de proseguir el legado de lo que ya Dante llamó el “parlar materno”, sino, como en mi caso, por la voluntad de perpetuar la comunión poética y humanística que en el Nápoles de la corte de Alfonso el Magnánimo se dio entre Jordi de Sant Jordi y el Marqués de Santillana. A ambas orillas de otra mar, tal comunión enriquecedoramente ha acercado a los poetas hispánicos e ibéricos en las diversas lenguas de este ámbito, dos de las cuales han sido mi vehículo de expresión literaria. La que por más tiempo lo ha sido, el catalán, se ve reconocida hoy, bajo el alto símbolo de la Corona, por primera vez en la tra-

victoria de este premio, en un patrimonio, común también a Portugal y Brasil, que lúcidamente avistó Octavio Paz al proclamar: “Nuestra cultura será siempre mutilada si olvida al portugués y al catalán”.

No ya en nombre propio, pues, únicamente, Señora, me corresponde manifestar mi gratitud, sino en nombre de cuantos, escribiendo en catalán, compartieron o comparten conmigo esta visión de la plural y a la vez armónica conjunción de las literaturas hispánicas e ibéricas. Dolorosamente me es preciso recordar hoy entre ellos a mi querido y malogrado amigo Ernest Lluch. Que precisamente en mi persona y mi escritura haya, sin duda por caso fortuito, recaído inicialmente el reconocimiento a la lengua catalana redobla, con mi agradecimiento, mi responsabilidad.

Ni que decir tiene que tal agradecimiento y tal responsabilidad me mueven de inmediato a volver los ojos al Jurado, en el que reconozco a varios maestros y a varios compañeros de armas literarias, y, por otro lado, a hacer memoria, por nombrar sólo a los desaparecidos, de tres grandes poetas que me precedieron en el galardón, a quienes admiré y con cuya amistad me honré: João Cabral de Melo, mente excepcionalmente lúcida y fundador de la modernidad; Claudio Rodríguez, hondo y veraz, asentado como pocos en el tuétano del idioma; y José Ángel Valente, cuya reciente pérdida tanto a todos nos aflige, y que, en castellano pero también en gallego, con rigor ejemplar indagó en las lindes de la palabra vecinada a lo inefable.

¿Cómo nace una vocación poética? Indiscutiblemente, la motiva el deseo de expresarse y afirmarse en la expresión, obteniendo así una particular forma de conocimiento; no menos cierto resulta que es un afán de emulación de otros poetas lo que nos mueve a escribir, y el primero de tales poetas, en mi caso y en el de otros muchos, fue sin duda Rubén Darío, y lo es en buena medida todavía hoy. Andando el tiempo, con todo, puede ocurrir que los poetas no existan sólo en las páginas de un libro, sino en su presencia humana, físicamente incorporada ya a nuestra biografía; junto a los maestros del pasado (Rubén sin duda, pero también Rimbaud o Lautréamont, y tantos otros) son nuestros maestros contemporáneos quienes así nos asisten, leídos primero, entrevistados después, frecuentados muy luego: tal fue en mi vida, y nombrando aquí de nuevo sólo a poetas ya idos, el papel de J. V. Foix, de Joan Brossa, de Cabral de Melo, de Valente, de Jaime Gil de Biedma, por citar sólo a algunos; tal fue, muy señalada y asiduamente, durante varias décadas de modo ininterrumpido, el papel de dos grandes poetas, maestros y amigos, a quienes nunca manifestaré suficientemente, con mi admiración, mi agradecimiento: Vicente Aleixandre y Octavio Paz. El tributo que debo a su memoria puede acaso aquí y ahora decirse mediante la lectura de dos poemas recogidos en el volumen *–Marea solar, marea lunar–* que, en ocasión de este premio, con tan abnegada e inteligente diligencia ha prologado Luis García Jambrina. Leeré estos dos poemas primero en catalán y luego en la versión al español que llevé a cabo yo mismo, en época en que tal cometido me era más hacedero que

en la actualidad, acaso porque las características de mi poesía de entonces lo permitían más que la de la poesía que he escrito luego. Se titula el primer poema “Llum de Velintònia” (“Luz de Velintonia”) y va dedicado a Vicente Aleixandre, sobre quien versó mi discurso de ingreso en la Real Academia Española, y de cuya casa y jardín, hoy lamentablemente abandonados, es glosa. Dice así:

Llum de Velintònia

A Vicente Aleixandre

Present en la claror suspesa, aquest jardí és l'estança del temps.

Brolla de la tenebra el fonament del cel deshabitat, puixances, pulsions que germinen i esclaten en la flora de l'aire.

És invisible el temps com la llum del jardí: és visible el jardí darrera els vidres, no la imatge del jardí en la llum sucesiva de temporalitat. Però és visible un altre jardí: no un lloc real que fou, tampoc un lloc que existeix en la ment, no la successió dels temps en un sol lloc sinó la permanència d'un temps intemporal. Alzinat des d'un fons invisible, el jardí fa visible la llum.

Si la veu anomena la claror d'aquest arbre, si al reixat unes mans ingressen en la llum d'un lloc levitatori, si trepitgem el centre d'un remolí instantani, som, sense llum ni temps, en la invisibilitat. La paraule d'un home fa visible el real: en la llum, podrem veure com a jardí el jardí.

Luz de Velintonia

A Vicente Aleixandre

Presente en la claridad suspendida, este jardín es la estancia del tiempo.

Brota de la tiniebla el fundamento del cielo deshabitado, poderíos, pulsiones que germinan y estallan en la flora del aire.

Es invisible el tiempo como la luz del jardín: es visible el jardín tras los cristales, no la imagen del jardín en la luz sucesiva de temporalidad. Pero es visible otro jardín: no un lugar real que fue, tampoco un lugar que existe en la mente, no la sucesión de los tiempos en un solo lugar, sino la permanencia de un tiempo intemporal. Erguido desde un fondo invisible, el jardín hace visible la luz.

Si la voz nombra
la claridad de este árbol, si en la verja unas manos
ingresan en la luz de un lugar levitatorio,
si pisamos el centro de un remolino instantáneo,
estamos, sin luz ni tiempo, en la invisibilidad.
La palabra de un hombre hace existente lo real:
en la luz, podremos ver como jardín el jardín.

El segundo poema, "Unitat" ("Unidad"), va dedicado a Marie José y Octavio Paz, y creo del caso hacer notar también que, junto a mi esposa, María Rosa, va dedicado a la memoria de Octavio el libro *Marea solar, marea lunar*. Dice el poema:

Unitat

A Marie José i Octavio Paz

Dictat pel capvespre,
dictat per l'aire fosc, el cercle s'obre
i hi habitem: transicions, espai
intermedi. No el lloc
de la revelació, sinó el lloc
del retrobament. El glavi
que divideix la llum.

De l'ull a la mirada,
la claror permanent, l'àmbit del sons,
la campana que clou la visió terrestre
com l'ull inexorable de la forma floral
fixa el foc d'un carbuncle. Aquest ull
¿veu al meu ull? És un mirall de flames
l'ull que ara em veu. Amb so de corrioles,
els eixos de la nit. Desarborada,

s'esfondra la fosc i, a les palpentos,
el sol coneix la nit.

Unidad

A Marie José y Octavio Paz

Dictado por el crepúsculo,
dictado por el aire oscuro, el círculo se abre
y habitamos en él: transiciones, espacio
intermedio. No el lugar
de la revelación, sino el lugar
del reencuentro. La espada
que divide la luz.

Del ojo a la mirada,
la claridad permanente, el ámbito de los sonidos,
la campana que clausura la visión terrestre
como el ojo inexorable de la forma floral
fija el fuego de un carbunclo. Este ojo
¿ve mi ojo? Es un espejo de llamas
el ojo que ahora me ve. Con sonido de poleas,
los ejes de la noche. Desarbolada,
se derrumba la oscuridad y, a tientas,
el sol conoce la noche.

Señora: Entre estas paredes augustas, a Vuestra Majestad no creo haberme dirigido ni haber leído estos poemas yo individualmente. Lo propio de la poesía, Mallarmé lo dejó dicho, es dar un sentido más puro a las palabras de la tribu, esta vasta tribu de la humanidad que acaso tiene en el poema un atisbo revelador de lo esencial del existir. Más que el poeta mismo, es la lengua en que se expresa lo que por él habla; en el fondo, no otra cosa quiere decir la primera frase de griego clásico, idioma y mundo tan cercanos a las vivencias de Vuestra Majestad, que en mis años adolescentes aprendí a traducir: "Los poetas son los intérpretes de los dioses". Pero me bastaría, de todos modos, con saber que he sido hoy, de forma no enteramente infiel o insatisfactoria, intérprete del fecundador diálogo de los poetas hispánicos e ibéricos que, con este premio, el nombre patrocinador y tutelar de Vuestra Majestad estimula, propicia, reconoce y contribuye a extender, afianzar y propagar. He dicho. —



Il·lustració: LETRAS LIBRES / Rosario Valdecrana